La firma de los miércoles

Texto original · Shyvirelle · relatoscortos.org

El comedor de la cooperativa Los Tilos recibía la comida todos los miércoles a las siete y diez. Doce cajas. Cinco kilos de alimentos por caja. Sesenta kilos justos, según la balanza del almacén y la libreta de Alicia, que llevaba un mes revisando las cuentas antes de que se eligiera una nueva junta.

Lo extraordinario no era la puntualidad. Era la firma.

En el recibo figuraba, con tinta azul, el nombre de Rodrigo Cárdenas. Alicia lo había conocido de niña: repartía con una camioneta blanca y recordaba los cumpleaños de todos los cocineros. Había muerto tres años atrás. La empresa que llevaba su apellido cerró seis meses después.

—¿Quién entrega ahora las cajas? —preguntó Alicia a la encargada del comedor.

—Las dejan en la puerta. Si salimos temprano, encontramos al señor Saúl ayudando a descargarlas.

Saúl había sido conserje de la escuela hasta su jubilación. Sabía arreglar cerrojos, memorizar llaves y pasar por un pasillo lleno de niños sin que nadie dejara de correr. Cuando Alicia lo llamó, contestó que solo ayudaba porque vivía cerca.

—¿Y sabe quién firma?

—No me fijo en los papeles. Me fijo en que no falte comida.

Alicia tampoco quería que faltara. Había comido allí cuando su madre perdió el empleo. Precisamente por eso le disgustaba que una firma imposible sirviera para cerrar cada miércoles el libro de gastos.

Pidió los recibos de un año. Tenían idéntica letra, idéntica inclinación y una mancha diminuta bajo la erre de «Rodrigo». Una misma gota, partida en dos, aparecía incluso en documentos de meses diferentes. Alicia superpuso las hojas contra la ventana. La tinta no podía haberse corrido de la misma manera tantas veces. Alguien seguía estampando una firma antigua.

La tesorera le explicó el circuito. El comedor tenía autorizado un fondo semanal de 360 soles para recibir doce cajas de alimentos. El responsable del reparto presentaba el recibo sellado y retiraba la cantidad de la caja de la cooperativa. La tesorera apuntaba la salida, la cocina pesaba la entrega y la junta recibía un resumen mensual. Todos los libros cuadraban: 360 soles gastados y sesenta kilos recibidos cada miércoles.

—Un fraude puede hacer que cuadren los libros —dijo Alicia.

—Y un reparto honesto también —respondió la tesorera—. Averigua cuál es antes de asustar a las familias.

Alicia revisó las fechas. Los recibos más antiguos llevaban el número impreso de la desaparecida empresa Cárdenas. Los nuevos eran fotocopias del mismo formulario con un número añadido a mano. En todos, el sello azul ocultaba una pequeña esquina de la línea reservada al proveedor.

El miércoles siguiente fue al comedor a las seis y media. Se quedó en el patio junto a una balanza digital y doce etiquetas en blanco. A las siete apareció una furgoneta gris. La conducía una mujer que no conocía. Saúl abrió la puerta trasera y comenzó a bajar cajas, sin mirar a Alicia.

Las primeras once pesaban seis kilos en bruto. Cuando Alicia abrió una, encontró cinco kilos de alimentos y una caja de madera de un kilo, como indicaba la etiqueta. La última pesaba seis kilos y seiscientos gramos. Era de cartón doble, con separadores húmedos. Al sacar su contenido y pesarlo aparte, la balanza marcó cinco kilos exactos.

—La cantidad sigue siendo la misma —observó Saúl, aliviado.

—El embalaje no. ¿De dónde vino esta?

Él cargó la caja vacía para guardarla. Alicia vio una etiqueta pegada en el fondo: **Almacén La Esquina, lote 24, caja reforzada**. Ninguna de las anteriores llevaba esa marca.

Saúl no respondió. La conductora dijo que ella solo transportaba, por indicación de un grupo de vecinos, y le entregó a Alicia el número de una persona de contacto.

El grupo había nacido durante el último invierno de la empresa Cárdenas. Rodrigo enfermó y pidió a tres vecinos que cubrieran una entrega. Luego murió. La empresa cerró, pero el comedor siguió esperando sus cajas. Los vecinos consiguieron alimentos en pequeños comercios, se turnaron con la furgoneta prestada y mantuvieron la misma ruta. Nadie quiso anunciar un cierre que podía dejar al comedor sin su reparto semanal.

—¿Por qué conservaron el sello? —preguntó Alicia al hablar con la conductora.

—Porque Saúl decía que cambiar el proveedor tardaría meses. Que la escuela necesitaba comer el miércoles, no dentro de meses.

La mujer no ocultó que lo sabía. Tampoco pudo mostrarle contratos ni una cuenta común. Habían trabajado con apuntes en cuadernos personales, sin autorización de la cooperativa para usar el nombre de Cárdenas.

Quedaba otra pregunta: ¿cómo podían comprar siempre sesenta kilos por 360 soles, cuando los precios cambiaban de una semana a otra?

Alicia volvió a las cajas. El lote 24 aparecía en un ticket del Almacén La Esquina, que Saúl llevaba doblado dentro de la cartera. Era una compra urgente: la provisión habitual se había estropeado por una avería en el refrigerador del comercio anterior. El almacén vendió doce lotes equivalentes de cinco kilos a 34 soles cada uno; once se trasladaron a las cajas reutilizables de madera y el último llegó en el cartón reforzado. Total: 408 soles.

—La cooperativa solo paga 360 —dijo Alicia.

—Y entregamos sesenta kilos —repuso Saúl.

—Faltan 48 soles.

Saúl sacó otro papel. Era un comprobante de retirada de efectivo de esa misma mañana, por 50 soles de su cuenta personal. Había pagado la diferencia y le quedaban dos monedas en el bolsillo. Alicia no tomó el papel como prueba de todos los miércoles, pero entendió por qué la caja reforzada había aparecido solo ahora: el cambio de tienda había dejado un rastro.

—¿Lleva mucho haciendo esto?

—A veces sobra un poco y lo guardamos para combustible. Otras veces falta. La semana pasada faltaron doce. Hoy eran cuarenta y ocho. Yo tengo una pensión y conozco a esos niños.

—Eso no le da derecho a firmar como Rodrigo.

—Ya lo sé.

Saúl miró sus manos: las mismas que habían puesto sellos en la oficina durante décadas. Por primera vez no buscó una excusa.

Alicia preparó dos cuadros. En el primero aparecían los registros que sí podía verificar: doce cajas y sesenta kilos por entrega; 360 soles retirados cada semana, registrados en los libros de la cooperativa. En el segundo dejó a la vista lo que faltaba: facturas de compra, identidad de proveedores reales, dinero particular aportado, gastos de transporte y autorización para usar el sello. No llenó los huecos con suposiciones.

La reunión de la junta fue un jueves por la tarde. Había madres, trabajadores del comedor y dos vecinos que habían ayudado en las entregas. Saúl permaneció de pie cerca de la puerta.

Alicia colocó dos recibos bajo una lámpara. La mancha azul aparecía exactamente en el mismo sitio.

—Esta no es la firma de una persona que viene cada miércoles. Es un sello. El nombre corresponde a alguien fallecido y su empresa ya no existe. Los alimentos han llegado, pero el procedimiento está falseado.

Una mujer protestó:

—¿Quiere usted que nos quedemos sin comedor por un papel?

—Quiero que sepamos a quién pagamos y quién responde cuando algo sale mal —contestó Alicia—. Un papel falso puede ocultar una entrega correcta. También podría ocultar una incorrecta. Hoy sabemos lo primero porque pesamos las cajas; mañana necesitamos saber ambas cosas sin depender de que alguien sea buena persona.

Saúl se acercó a la mesa y mostró el ticket de 408 soles. Aclaró que los 48 de diferencia salieron de su bolsillo. Reconoció que no tenía comprobantes de todas las semanas y que había seguido usando el sello antiguo por decisión propia, con ayuda de otras personas. Nadie le aplaudió. Nadie le gritó tampoco.

La junta acordó mantener la provisión mediante compras autorizadas y comprobadas, con un responsable identificable en cada entrega. Mientras se formalizaba un proveedor, una comisión se haría cargo de las compras, con presupuesto ajustado a precios reales y rendición semanal. Los recibos anteriores quedaron señalados para revisión; los aportes de Saúl no se convirtieron automáticamente en una deuda de la cooperativa.

Cuando le pidieron firmar el primer acta, Saúl tuvo que buscar sus lentes. Se quedó un rato frente al espacio en blanco, como si le costara escribir una palabra que había conocido toda la vida.

Puso su nombre completo. No fue un gesto que borrara las firmas falsas. Era la primera vez, en tres años, que alguien podía preguntarle directamente por lo que había hecho.

El miércoles siguiente, Alicia llegó al comedor a las siete y diez. Otra furgoneta había traído las cajas, pesadas y registradas delante de dos personas. Había once de madera y una de cartón, esta vez con el peso del embalaje anotado por separado.

En la hoja de recepción no figuraba Rodrigo Cárdenas. Figuraban el comercio que vendió los alimentos, la persona que los entregó y la firma de quien los recibió. La cantidad era la misma de siempre. Alicia la comprobó antes de guardar la balanza.